



DISOCIACION, MULTIPLES ESTADOS DEL SELF E INTERSUBJETIVIDAD: PSICODINÁMICAS CÍCLICAS Y LAS IMPLICACIONES PARA LA TEORÍA RELACIONAL.¹

Paul L. Wachtel^a
City University of New York

Se realiza una revisión de los conceptos de disociación y múltiples estados del self en la teoría relacional. El autor los pone en relación con su teoría de la psicodinámica cíclica que aborda fenómenos similares a través de los conceptos piagetianos de esquema, asimilación y acomodación. Por último se hace una revisión de los diferentes modelos de intersubjetividad dentro del campo del psicoanálisis

Palabras clave: Esquemas, asimilación, acomodación, disociación, múltiples estados del self, subjetividad, intersubjetividad, acción.

A review of the concepts of dissociation and multiple Self-states in the relational theory. The author puts them in connection with his theory of cyclical psychodynamics which addresses similar phenomena across the piagetian concepts of schema, assimilation and accommodation. Finally, the different models of intersubjectivity within the field of psychoanalysis are reviewed.

Key Words: Schemas, assimilation, accommodation, dissociation, multiple self-states, subjectivity, intersubjectivity, action.

English Title: Dissociation, multiple Self-state and intersubjectivity: Cyclical psychodynamics and the implications for relational theory.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Wachtel, Paul L. (2008). Disociación, múltiples estados del self e intersubjetividad: psicodinámicas cíclicas y las implicaciones para la teoría relacional. *Clinica e Investigación Relacional*, 2 (2): 317-342. [ISSN 1988-2939]
[http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen22Octubre2008/CeIR_V2N2_2008_6PWachtel/tabid/588/Default.aspx]

Los conceptos de disociación y múltiples estados del self se han ido destacando progresivamente más en la literatura del psicoanálisis relacional (por ejemplo, Bromberg, 1998; Davies, 1996; Harris, 1996; Mitchell, 1993; Pizer, 1996; Slavin, 1996) como una forma de abordar la importante variabilidad que es evidente en la conducta y la experiencia de cualquier persona y la responsividad, incluso de las dinámicas psicológicas “profundas”, al contexto intersubjetivo continuamente cambiante. Especialmente importante en la conceptualización de los múltiples estados del self es el hecho de que no solo podemos comportarnos de forma diferente y sentir diferente de un momento a otro momento, sino que incluso nuestro sentido del self, nuestra comprensión del tipo de persona que somos, está muy lejos de ser constante. Sólo con un instante de reflexión nos queda claro que esta fluctuación de la experiencia de uno mismo es un hecho del día a día, superponiéndose en parte con el concepto familiar de estado de ánimo. Es patológico o problemático solo cuando, estando inmersos en uno de estos estados mentales o sentidos de nosotros mismos, los otros se nos hacen tan profundamente ajenos que no tenemos acceso a ellos. Cuando existe tal muro, cuando no podemos “mantenernos en los espacios” entre los otros como señala Bromberg (1996a), entonces sufrimos del tipo de disociación que tiene implicaciones problemáticas para nuestra salud mental y nuestro bienestar.

Hay muchos puntos de convergencia entre las recientes teorías sobre disociación y múltiples estados del self en la literatura relacional y mi propia perspectiva psicodinámica cíclica (por ejemplo Wachtel, 1981, 1993, 1997, 2008; véase también a continuación), que se ocupa de fenómenos similares en términos de una versión psicoanalítica de los conceptos de Piaget de esquema, asimilación y acomodación. Davies (1996), en una destacada conceptualización psicoanalítica relacional de los múltiples estados del self, y de forma similar al modelo de la psicodinámica cíclica, utiliza estos conceptos piagetianos para mostrar los modos en que las estructuras psicológicas ya establecidas y las nuevas experiencias que nos encontramos en cada momento de nuestras vidas se modelan unas a otras de forma continua y reciproca. Los esquemas, señala Davies, “afectan al modo en el cual cada individuo ve la realidad, y la realidad afecta a los matices estructurales en curso de los esquemas.” (p.557). Prestando atención a esta última parte del proceso bidireccional de evolución personal, Davies muestra – en una manera muy parecida al punto de vista de la psicodinámica cíclica – un visión psicoanalítica que difiere sustancialmente del modelo psicoanalítico antiguo que concebía el pasado como restos arqueológicos enterrados y las estructuras psicológicas como impermeables a la influencia de las nuevas experiencias relacionales. Además, en convergencia con el objetivo integrador de la teoría psicodinámica cíclica, Davies refiere que ella aboga por un modelo de esquema no solo porque lo ve más consonante con el punto de vista relacional, sino también porque es “más conducente a una integración de la teoría psicoanalítica con otras ramas de la psicología académica.” (p. 561)

Asimilación, acomodación y el interjuego de estructura y nueva experiencia

En el curso del desarrollo, tienden a ocurrir dos fenómenos diferentes, los cuales conjuntamente modelan la naturaleza de la personalidad y la individualidad de la persona: 1) una expansión y *consolidación* de los patrones auto-perpetuados cíclicos que caracterizan la vida de la persona (ver, por ejemplo, Wachtel, 1997, 1993, 2008), por la cual los patrones – ya sean problemáticos, ya sean una fuente de placer y satisfacción – se hacen mas y mas

profundamente arraigados; 2) una *diferenciación*, por la cual las variaciones y contradicciones se van haciendo evidentes en ciertos contextos y con cierta regularidad, en relación a diferentes contextos y señales, aunque los patrones dominantes se siguen manifestando la mayor parte del tiempo. La primera tendencia es la que es destacada de forma predominante en la mayor parte de las teorías clínicas, y por razones obvias. La gente acude a nosotros para enfrentarse a los patrones persistentes que parecen dominar sus vidas, patrones que ellos mismos han intentado modificar y han visto que no eran capaces de hacerlo. Pero la segunda dimensión de la dinámica de la personalidad, los modos por los cuales, la conducta y la experiencia siguen desarrollándose y cambiando en respuesta a nuevos contextos es igualmente crucial para la atención del clínico. Para que el cambio ocurra, al menos deben comenzar a aparecer las simientes de una forma de vida diferente. Gran parte de las habilidades de un psicoanalista o un psicoterapeuta efectivos implican percibir tales simientes, por muy excepcionales u ocultas que puedan estar, y trabajar para amplificarlas y construir sobre ellas (Wachtel, 1993, 2008).

Y ha sido al tratar de unir estas dos tendencias, aparentemente contradictorias, de la vida psíquica cuando he encontrado especialmente útiles los conceptos de Piaget de asimilación y acomodación. Ninguna teoría psicológica es viable si no presta cuidadosa atención al enorme poder que juegan las estructuras psicológicas y las inclinaciones motivacionales y perceptuales que comienzan su evolución desde los primeros años de vida y modelan nuestra experiencia del presente en cada momento. Pero tampoco es viable ninguna teoría que no preste igualmente atención a la aguda responsividad al contexto que es también un sello de la especie humana (y sin la cual nuestra especie, que no está dotada de una gran velocidad, ni garras ni dientes afilados, nunca habría sobrevivido). El reto es reconciliar e integrar estas tendencias hacia la consolidación y la diferenciación, de un modo que haga justicia a la continua presencia de ambas y, además, a toda la gama de fenómenos y observaciones que se nos presentan para su comprensión teórica.

La primera vez que me acerqué a las ideas de Piaget fue al aceptar ciertos rasgos problemáticos del modo en que el fenómeno de la transferencia era conceptualizado por los teóricos psicoanalíticos (Wachtel, 1977, 1981), pero aquí deseo extender ese análisis a una consideración del desarrollo y las dinámicas de la personalidad de forma más general. La transferencia fue, durante muchos años un fenómeno en el cual los autores psicoanalíticos tendían a pensar casi exclusivamente en términos de distorsiones de la realidad por parte del paciente, su forma de mirar el presente en términos del pasado llega a tal punto que parece que prácticamente no ve el presente, no experimenta la realidad del analista. Esto no significa que Freud ignorase completamente el papel de lo que realmente ocurría en la consulta. Tal y como Schafer (1977) señala, discutiendo la concepción de Freud de la transferencia, "Por un lado, el amor de transferencia es exclusivamente repetitivo, una mera reedición del pasado, artificial y regresivo... y a tratar principalmente traduciéndolo de nuevo en sus términos infantiles... Por otro lado, la transferencia es una parte de la vida real que es adaptada al propósito del análisis, un estado transicional de carácter provisional, que es un medio para alcanzar un fin racional y tan genuino como un amor normal" (p.340). Cabe observar también que una parte importante del legado de Freud incluye un gran número de textos sobre el rol del terapeuta en tanto objeto del pasado pero también como objeto actual (e.g., Aron, 1991a; Greenberg, 1986; Loewald, 1960). No obstante, sería exacto describir a la tradición clásica del psicoanálisis como aquella que destaca preponderantemente la transferencia como distorsión. Greenson (1967), por ejemplo, el cual de algún modo liberó la comprensión de la relación terapéutica a través de su influyente introducción del concepto de alianza terapéutica y de relación "real" (Greenson, 1965, 1971), no obstante afirmaba

inequívocamente que “las reacciones transferenciales son siempre inapropiadas.” (p. 152) de forma similar, Langs (1973) sostuvo que, “para que el terapeuta identifique una fantasía, o reacción, como transferencia primaria. . . debemos ser capaces de descartar con certeza cualquier grado de verdad en la reivindicación de la paciente, consciente o inconsciente, de que ella percibe al terapeuta correctamente, por la forma en que lo expone a través de sus asociaciones” (p. 415, cursivas añadidas).

En esta concepción tradicional, las cualidades reales del analista fueron vistas a lo sumo como una percha sobre la cual el paciente, conducido por su necesidad interna inexorable de ver el presente en términos del pasado, cuelga el traje confeccionado que ya había sido comprado para vestir al analista. Una de las contribuciones clave del punto de vista relacional ha sido su insistencia en que la descripción de “distorsiones” del paciente sea remplazada por una explicación más dinámica y dialéctica en la cual las tendencias existentes desde hace años en el paciente son concebidas en constante tensión e interacción con el impacto de las cualidades actuales y la conducta de la otra persona en la sesión (por ejemplo, Hoffman, 1983; Aron, 1991b).

Para comprender la dinámica de tensión entre estas dos facetas de la experiencia transferencial del paciente, la conceptualización de Piaget de la interacción entre la asimilación y la acomodación es una herramienta inestimable. Desde el punto de vista de esta conceptualización podemos ver que, en esencia, la concepción tradicional de la transferencia (con su énfasis en las “distorsiones” del paciente) postula prácticamente un proceso de asimilación sin el acompañamiento de la acomodación. Pero como nos muestra el análisis de Piaget, en cada encuentro con el mundo, asimilamos la nueva experiencia dentro de nuestros esquemas ya existentes y, como parte del mismo proceso, acomodamos esos esquemas a los modos en que la nueva experiencia difiere de las experiencias previas en las cuales los esquemas fueron construidos (Flavell, 1963; Wachtel, 1981). No necesitamos elegir entre una conceptualización que enfatiza la a menudo notable tenacidad que la gente muestra en mantener las viejas maneras de experimentarse a si mismo y a los demás, incluso cuando están enfrentados a drásticas desconfirmaciones, y otra que acentúa nuestra continua capacidad de respuesta a los eventos de nuestras vidas. Siempre estamos experimentando el mundo en términos de las estructuras desarrolladas en el pasado y siempre modificando esas estructuras para acomodarlas al presente. Para comprender el por qué esto es así, vamos a comenzar con una ilustración que he ofrecido anteriormente (Wachtel, 2005a) de uno de los ejemplos mas simples de este proceso, el modo en que un niño desarrolla su comprensión de lo que es un perro.

Consideremos, por ejemplo, lo que sucede cuando un niño que ha desarrollado un esquema inicial de perro entra en contacto con una especie de perro que no ha visto antes, digamos un Chihuahua o un gran danés. Cuando el niño aprende a incluir cualquiera de estas nuevas experiencias a su esquema de perro, está claramente asimilándolos a ese esquema. Pero en el esfuerzo de hacer esto, el niño también está acomodando el esquema para incluir a estos ejemplares. Ya no es el mismo esquema, simplemente porque ahora es un esquema que incluye estos nuevos valores atípicos que anteriormente no formaban parte de la visión del niño sobre lo que incluye la categoría perro. Es el propio acto de asimilación que produce la acomodación y el propio acto de acomodación el que permite la asimilación. Ninguno puede darse sin el otro.

Algo similar ocurre en el procesamiento de experiencias mas relacionadas con nuestra vida emocional y nuestras relaciones con otras personas. Consideremos, por ejemplo, qué ocurre cuando nos encontramos con alguien a quien experimentamos como crítico o

insultante. Como con cualquier otra experiencia, no registramos pasivamente lo que está ocurriendo, como una cámara registra la luz que cae sobre ella, sino que mas bien construimos activamente los eventos, dándoles sentido sobre la base de las estructuras psicológicas que se han desarrollado en nosotros hasta ese momento (Schimek, 1975; Neisser, 1976; Schacter, 1996). En este proceso, los esquemas que ya poseemos para dar sentido al mundo se aplican a la nueva experiencia, y como cada uno de nosotros ha tenido experiencias un tanto diferentes en nuestras vidas y ha desarrollado un conjunto diferente de estructuras psicológicas para el encuentro con el mundo, cada uno de nosotros interpreta la experiencia de forma diferente. Donde una persona puede registrar una interacción particular como llena de crítica e intención hiriente (o dicho de otro modo, puede asimilar la experiencia a su esquema para procesar y enfrentarse a críticas) otra persona, con unas experiencias de vida y una personalidad diferentes, podría asimilar esa misma interacción a su esquema para bromas amistosas.

Lo que es especialmente importante entender -y lo que caracteriza particularmente a nuestros esquemas para las experiencias emocionales y relacionales (es decir, para las interacciones con otros cuyos propios esquemas están al mismo tiempo interpretando y reaccionando a nuestro comportamiento)- es que casi desde el primer momento, las percepciones que cada persona tenga cambiarán lo acontecimientos posteriores. Percibir el comentario de la otra persona como crítico puede conducir a una conducta hacia el otro (ya sea hostil, tensa, inhibida u oculta) que tiene menos posibilidades de recibir una respuesta positiva o cálida. Por el contrario, percibir la conducta del otro como una broma amistosa, dará lugar a un comportamiento diferente y, por ende, a una probable respuesta un tanto diferente del otro. Y así, la experiencia que se desarrolla a lo largo del tiempo es en gran medida una función de la forma en que la experiencia fue percibida (por ambas partes) en sus primeras etapas. Es decir, una primera percepción errónea (si podemos llamarla así por ahora) puede, a la manera de la profecía autocumplida, convertirse en una percepción exacta o acertada – pero será acertada solo porque la percepción misma condujo a su confirmación provocando la conducta del otro que parece confirmarla.

Lo que se trasluce, como ya he sugerido previamente (Wachtel, 1981), es un tipo de carrera (a menudo con la cualidad de una "una carrera contra el tiempo" como la frase que se utiliza para expresar el esfuerzo por evitar una crisis o desastre). Si la persona que malinterpreta la situación (la ve como hostil) puede continuar comportándose de forma benigna, el elemento de acomodación que es un rasgo esencial de cada acto de percepción, tarde o temprano le conducirá a registrar esta diferencia con respecto a sus expectativas iniciales. Pero el proceso de aceptar las diferencias entre las expectativas de uno, basadas en sus experiencias pasadas, y lo que uno se encuentra en el presente no ocurre de forma instantánea ni total. Durante un tiempo, la percepción inicial de la situación es probable que siga orientando el comportamiento de la persona en un grado significativo. Esta es la persistencia en las formas del pasado que ha sido observada innumerables veces por los psicoanalistas y otros clínicos, a menudo llevándoles a postular que una parte de la psique, cerrada o separada, ya no es sensible a los acontecimientos que ocurren en el presente. Pero esa aparente persistencia, casi inexorable, la aparente falta de respuesta a las nuevas contingencias y nuevas posibilidades, es en realidad un artificio de la manera en que la respuesta de la otra persona es en si misma una parte del proceso. Debido a que el esquema evoluciona y se acomoda muy lentamente, y a que inicialmente percibimos y respondemos a las cosas del modo en que estamos preparados para hacerlo, existe una considerable probabilidad de que antes de que la acomodación llegue a surtir ningún efecto, la otra persona ya haya respondido de la manera esperable a como estaba siendo percibida

y tratada por el sujeto. En ese caso, las expectativas de la primera persona no cambian mucho. Por el contrario, su visión del mundo sigue reflejando sus anteriores expectativas e hipótesis porque el mundo viene a ajustarse a ellas.^b

Nótese aquí que éste es en gran medida un proceso intersubjetivo o bipersonal, un reflejo de los patrones de vida que, una y otra vez, son creados mutuamente entre las personas. Nótese también que este proceso, interpersonal, intersubjetivo o bipersonal no es antitético o está en contraste con un proceso intrapsíquico. Por el contrario, los procesos intrapsíquicos de cada una de las partes son cruciales y están integrados en el proceso transaccional, al igual que los procesos transaccionales son un elemento esencial en el funcionamiento y mantenimiento del estado intrapsíquico de cada individuo. Cada uno de los procesos es parte integrante del otro.

Multiplicidad y aceptación

Quiero volver ahora a la conceptualización sobre múltiples estados del self a la que me he referido antes en este artículo como un modo en que una línea prominente de pensamiento relacional ha abordado muchos de estos mismos fenómenos que acabo de señalar. Este énfasis en la multiplicidad ha sido asociado con una línea de pensamiento y de trabajo clínico que es, de manera importante, más creativa y más humana que el enfoque convencional, lineal y jerárquico de la personalidad, asociado con versiones más tradicionales del pensamiento psicoanalítico. Bromberg, por ejemplo, en la discusión de uno de los primeros casos de Freud, comenta, “lo que Freud no pudo ver en ese momento era que su fracaso no era una falta de paciencia con los síntomas de Emmy en tanto que síntomas, sino una falta de paciencia con los síntomas en tanto que representan su realidad perceptual, y en este sentido, como algo más que ‘fragmentos patológicos’ que deberían o podrían ser eliminados” (Bromberg, 1996b, p.64). Este énfasis en la aceptación de los diversos modos de experiencia del paciente en lugar de tratar de corregirlos se hace evidente a través de los trabajos de Bromberg sobre disociación y múltiples estados del self. El ver los diferentes modos de experiencia como reales y válidos, lo dirige hacia una especie de exploración de “igualdad de oportunidades” en lugar de dedicarse a lo que Aron, añadiendo más significado a un término introducido por Kohut (1979), ha llamado “moral de la madurez”, una visión por la cual ciertas experiencias del paciente son vistas como inmaduras, infantiles, arcaicas o primitivas y por consiguiente deben ser objeto de renuncia en la medida en que se van descubriendo en el transcurso del trabajo terapéutico (Aron, 1991a).^c

Central en la estrategia terapéutica que repetidas veces ha expresado Bromberg en sus escritos es el énfasis no solo en la aceptación, sino en una cierta moderación con respecto a lo que normalmente se representa en la literatura analítica como “interpretación”. Bromberg (1999) hace hincapié en que a menudo la interpretación puede hacer sentir al paciente como si la terapeuta estuviera imponiendo sus visiones sobre este, como si fuese el árbitro de lo que es real y lo que es ilusorio. Citando también a Ghent (1992) y Pizer (1992), considera la determinación de lo que es real o válido en la experiencia del paciente como “un proceso relacional de negociación consensual” (p.152). El objetivo, sugiere, no es mostrar al paciente donde está distorsionando o percibiendo erróneamente, sino “la construcción placentera de una realidad más inclusiva”. Citando a Winnicott (1951, 1960, 1971), aunque enfatizando una perspectiva sobre su trabajo diferente a la habitual en la literatura, Bromberg argumenta que un prerrequisito para el cambio terapéutico significativo es que el paciente no sea “presionado a elegir entre qué realidad es más objetiva... y qué self es más auténtico”

(Bromberg (1996a, p.525)^d

Es importante entender que este énfasis en la aceptación de la experiencia del paciente solo puede ser parte de una estrategia terapéutica efectiva si esta es entendida estando en una continua tensión con otra dimensión opuesta del proceso terapéutico: trabajar para ayudar al paciente a cambiar. Así, Bromberg señala, “La capacidad de una persona para permitir que su self verdadero sea alterado por el impacto de un ‘otro’... depende de la existencia de una relación en la cual el otro sea experimentado como alguien que, paradójicamente, acepta la validez de la realidad interna del paciente y al mismo tiempo participa en el acto de construir en el aquí y ahora una realidad negociada discrepante con ella” (Bromberg, 1993, p. 160). Desde una perspectiva integradora cabe señalar que este punto de vista del proceso terapéutico es muy similar al que enfatiza la terapia conductual dialéctica (Robins, Schmidt, & Linehan, 2004). Se asemeja también a un punto que ha sido un rasgo clave de mi propio acercamiento al trabajo clínico (Wachtel, 1993 – véase sobre todo el Capítulo 8 sobre Afirmación y Cambio).

También Davies (p. e., 1996) utiliza el concepto de múltiples estados del self de una manera que pone de relieve tanto la aceptación como el juego. En contraste con el tono crítico y humillante que es, a menudo inconscientemente, una característica de las interpretaciones psicoanalíticas (para una mayor discusión sobre esta, ver Wile, 1984; Weiss y Sampson, 1986; Aron, 1991a; Wachtel, 1993, 2008), Davies concibe la buena interpretación como “una invitación que hacemos al inconsciente para adentrarse al futuro con nosotros, para que entregue su potencial al reinado pleno de la fantasía, con el fin de observar juntos diferentes aspectos de lo que podría llegar a pasar si permitiésemos que floreciesen preocupaciones más prácticas sin la inhibición del otro.” (p. 571)^e Esto se ilustra bien en el intercambio que ella comenta con una paciente, Helen, que había reaccionado de un modo antipático e incluso hostil cuando Davies se sentía enferma durante una sesión. En la siguiente sesión, Helen se sintió claramente avergonzada por como se había comportado y estaba ansiosa por disculparse y pasar a otro tema. Davies, sin embargo, se centró en la experiencia de la sesión previa:

Le dije a Helen que creía que había visto una parte de ella, nueva y diferente con la que no me había encontrado antes. “Me gustaría conocerla mejor”, le dije. “Creo que ella tiene una perspectiva bastante diferente... apuesto a que ha estado allí todo el tiempo.”

La paciente sonrió, “Oh ella es muy mala, tu no la quieres conocer, ella es muy muy mala.”

“¿Cómo de mala podría ser?” le pregunté.

“Lo peor que una persona pueda imaginar” respondió Helen.

“Que pasa si nos permitimos imaginarlo,” le dije. “Que pasa si la invitamos”

(Davies, 1996, pp.570-571)

Una de las cualidades dignas de mención de esta interacción es su carácter lúdico. Muy en la línea del énfasis de Winnicott (1968) en el juego como un componente crucial del proceso terapéutico, tanto Davies como Bromberg muestran un notable tono de juego en sus intervenciones, una forma de juego que es a la vez profundamente seria, alentadora de placeres prohibidos y flexibilizadora de límites esclerotizados. Uno podría decir de Davies que –con el fin de mejorar el crecimiento del paciente y su vitalidad– trabaja para reemplazar lo esclerotizado por lo erotizado (Davies, 1994, 1998).

Múltiples estados del si-mismo o múltiples si-mismos

Un posible escollo al teorizar en términos de múltiples estados del self es que esta idea de múltiples estados del self, cada uno con su propia individualidad o "personalidad", puede prestarse a la reificación. Bromberg, por ejemplo, cuyo uso de esta conceptualización le lleva a intervenciones que convergen bastante con mi propio enfoque clínico (por ejemplo, Wachtel, 2008), sin embargo, a veces describe lo que hace de una manera que puede crear ambigüedad para el lector con respecto a los límites entre la concreción inapropiada y la metáfora creativa y productiva. Por ejemplo, al enfatizar en la importancia del analista "permitiéndose a si mismo sumergirse en el aquí y ahora del campo intersubjetivo tal y como existe en ese momento" (una posición con la que me identifico y que apruebo), añade,

Él debe *establecer relaciones auténticas con cada uno de los estados del self del paciente* tal y como existen en ese momento y enlazar con ellos en sus propios términos, sin renunciar a su propia visión del momento presente y establecer también una estación intermedia que enlace lo que el paciente solía ser (el pasado) con lo que en última estancia podría llegar a ser (el futuro). (Bromberg, 1998, p.228, cursivas añadidas)

Este pasaje puede ser leído de dos formas diferentes. Por un lado, casi parece dar a entender que el analista o terapeuta debe tratar cada estado de ánimo del paciente, cada faceta de su compleja personalidad como un ser separado, con las cuales se debe establecer y mantener una relación separada. Por otro lado, el énfasis en la estación intermedia y el enlace entre los varios momentos del ser y el ser *en curso* sugiere algo más bien diferente. Hasta cierto punto, esta aparente contradicción refleja el acercamiento creativo de Bromberg a las paradojas de la experiencia humana. Pero aunque la vida está, en efecto, llena de ambigüedades y paradojas y un intento de "resolución" demasiado precipitado y lineal puede llevarnos a una atractiva pero insuficientemente profunda y compleja apreciación de matices, hay un peligro igual en esta era postmoderna, de abrazar demasiado fácilmente y siguiendo la moda, las paradojas y la indeterminación. Creo que estamos en el buen camino tratando de alcanzar una resolución, estando mientras, preparados para asumir nuestras limitaciones para alcanzarla y teniendo cuidado de no hacerlo de un modo que nos lleve a una pseudo-resolución, esto es, una resolución meramente aparente, alcanzada ignorando las complejidades y contradicciones en favor de una formulación engañosamente clara. Personalmente, me siento más cómodo con la idea de multiplicidad como fenómeno de transición, una expansión, a modo de juego, más allá de lo familiar, pero sin que sustituya la labor de continuar el duro trabajo intelectual de intentar integrar las diferentes perspectivas y observaciones en competición en una nueva síntesis coherente.

Si seguimos examinando la mejor manera de emplear el concepto de multiplicidad, me permito sugerir que hay una diferencia importante entre referirnos a múltiples estados del self o múltiples experiencias del self, por un lado y hablar de múltiples selves, por otro. (véase en este sentido el intercambio entre Lachmann, 1996a, 1996b y Slavin, 1996). La literatura a veces utiliza estos términos de manera intercambiable, pero a mi modo de ver sus implicaciones son diferentes. Esta diferencia parece ser reconocida con gran astucia clínica por Davies (1996) en este nuevo intercambio con Helen, en el cual Davies se mueve desde un discurso en tercera persona en el que la terapeuta se refiere a Helen como "ella" (esa niña pequeña de la que estamos hablando) a una forma más directa de dirigirse, en la cual se refiere a Helen como "tú", una sola persona y la persona con la que estoy hablando:

A mi invitación a "dejar que estuviese esa parte de ella", la sonrisa de Helen se desvaneció y se mantuvo en silencio por un buen rato. "¿Qué estas mirando?" Le pregunté. Yo me daba cuenta de que su cara se iba estrujando y ella permanecía en silencio. "Ella (Helen aun refiriéndose a si misma

en tercera persona, en lugar de utilizar "yo") se marchó un día en que su abuela estaba enferma y tirada en el suelo. Así de mala es ella... ¡eso fue lo que pensé cuando tu estabas ahogándote y yo me marché de aquí! No había pensado en esto en tantos años. Me marché pasando por encima de su frágil y pequeño cuerpo." (Davies, 1996, p. 571)

En respuesta a esto, Davies dice, "apuesto a que estabas cansada de gente que se enferma. Tal vez tenías miedo y estabas asustada ese día cuando mi resfriado no se iba."^f Hay que tener en cuenta que Davies no dice en este punto, tal vez ella estaba cansada de la gente que se enferma o tal vez ella estaba con miedo y asustada. En lugar de eso, aquí Davies trabaja para integrar la experiencia dentro del self en primera persona, integrado y singular del paciente, el centro de la acción y de la auto-experiencia. Previamente en la conversación, la pequeña niña que pasó por encima del cuerpo de su abuela ("ella") o la niña mala que respondió con hostilidad al resfriado del terapeuta y su asfixiante tos son observadas de forma estratégica como seres casi independientes (digo casi porque ambas partes por separado – supongo – mantienen una conciencia de fondo de la dimensión metafórica y lúdica de esta forma de hablar). Pero, haciendo una versión temporal de la metáfora espacial de Winnicott del espacio transicional⁹, este modo de hablar es transicional: tan solo un instante después, cuando los frutos de ese momento lúdico han madurado, la estructura de la conversación cambia de forma radical a una conversación mas directa entre dos personas en lugar de entre dos fragmentos de estados del self o partes del self.

Una señal para proceder de esta manera fue el propio cambio de pronombres del paciente. La paciente pasa del "ella" (esa niña pequeña) que abandona a su abuela al "Yo" que me marche de aquí. Pero incluso si el paciente no hubiese hecho el cambio en primer lugar, el tipo de transición introducida por Davies sería necesaria, ya fuese en ese momento o en otro posterior. En algún momento el paciente debe ser capaz de apropiarse plenamente de la experiencia, incluso aunque en un primer momento, la gran ambigüedad sobre la pertenencia de la experiencia es lo que permite que ésta sea traída a la sesión. La etapa anterior, la de transición, es frecuente en las buenas psicoterapias, y es parte de lo que Davies tan apropiadamente llama "disociación terapéutica" (p.567). Permitir que la paciente primero hable de lo que "ella" (la chica en 3ª persona) hizo, en lugar de lo que "Yo" (Helen) hice, hace que el material sea mas seguro para explorar y reexaminar. Solo cuando se experimenta como menos peligroso y mas aceptable, menos sujeto a la censura preventiva derivada de la autocondena, se puede abandonar la disociación terapéutica temporal.

El resurgir del interés en la disociación

Como se hace evidente por lo expuesto hasta ahora, se ha producido la conceptualización de los múltiples estados del self por parte de los teóricos relacionales a la par que el énfasis puesto en la disociación. La disociación es un concepto que, con la excepción de la rama Sullivaniana del pensamiento psicoanalítico (por ejemplo, Sullivan, 1953), fue durante muchos años ignorada en gran medida por el discurso psicoanalítico (Berman, 1981; Bromberg, 1996b; Loewenstein & Ross, 1992). En los últimos años, sin embargo, el concepto de disociación ha tenido un notable resurgimiento (véase, por ejemplo, Bromberg, 1998; Davies y Frawley, 1994; Howell, 2006). Una serie de factores han contribuido a este renovado interés. La primera ha sido el reconocimiento en las dos últimas décadas, de que el psicoanálisis ha reaccionado exageradamente en su giro desde el énfasis en el trauma, al énfasis sobre la fantasía. La reconceptualización de Freud que le llevó a concluir que los recuerdos de sus pacientes eran el resultado de fantasías dirigidas

por impulsos en lugar de sucesos traumáticos reales fue, en ese momento, un estímulo para avances muy importantes. Gran parte de la estructura del pensamiento psicoanalítico deriva de ello, al igual que una mejor comprensión tanto de la naturaleza no reconocida de nuestros sentimientos y deseos como de hasta que punto reconstruimos nuestros recuerdos y experiencias subjetivas de acuerdo con lo imperativo de impulsos internos y con las estructuras a través de las cuales es filtrada nuestra experiencia del mundo. Pero este replanteamiento fue llevado demasiado lejos, conduciendo a los analistas durante muchas décadas a subestimar el impacto de las experiencias reales en formas tales que comprometían seriamente los fundamentos de la teoría y la práctica psicoanalítica.

Algunos de los primeros psicoanalistas reconocieron claramente que la comprensión del poderoso papel del deseo y la fantasía inconsciente no era incompatible con la atención a los eventos reales y a la realidad de la vida del niño. Particularmente digno de mención en este sentido fue Ferenczi (1926, 1952, 1955) y Horney (por ejemplo, 1939, 1945). La influencia e intuiciones de Ferenczi han sido cada vez más reconocidas por los pensadores relacionales (ver, por ejemplo, Aron & Harris, 1993). Por el contrario, la contribución igualmente poderosa de Horney a una síntesis conceptual sobre el impacto de los eventos reales y su elaboración inconsciente, no ha sido aun suficientemente reconocida.

Algunos otros desarrollos en los últimos años también han contribuido a la reparación del desequilibrio introducido por el énfasis excesivo en la fantasía de Freud. Sin duda debemos incluir el desarrollo de la psicología de Yo, con su interés por como integrar el impacto de los eventos de la vida real dentro de una teoría que, a veces, parecía casi dar a entender que el equipamiento psicológico básico con el que hemos nacido se limitaba a la capacidad de fantasear la ocurrencia de lo que deseamos (por ejemplo, Hartmann, 1939; Rapaport, 1951, 1959; Erikson, 1963). Una repercusión más directa en la evolución del pensamiento relacional la tuvo la creciente influencia de la teoría de las relaciones objetales, especialmente las contribuciones teóricas de Winnicott (por ejemplo: 1965, 1971) y Fairbairn (1952), quienes destacaron mucho más que Freud el impacto de los sucesos reales entre padres e hijos. De manera similar, el desarrollo de la psicología del Self de Kohut (1971, 1977) resaltaba igualmente el impacto de la conexión empática real de los padres o de su ausencia en el desarrollo del niño, colocando estas experiencias reales en igualdad de condiciones con las fantasías internas, que habían sido la preocupación casi exclusiva de la teoría psicoanalítica "oficial"ⁿ. Por último, como un nuevo acicate para lo que podría llamarse el reaceramiento a la realidad, los psicoanalistas empezaron a prestar mucha más atención a los estudios de investigación relacionados con la interacción madre - bebé (por ejemplo, Cohen & Tronick, 1988; Jaffe, Beebe, Feldstein, Corona, y Jasnow, 2001; Beebe y Lachmann, 2002; Tronick, 1989; Stern, 1985), con el apego (Ainsworth et al, 1978; Cassidy & Shaver, 1999; Main, 1995; Main, Kaplan & Cassidy, 1985; Slade, 2000) y con los acontecimientos relacionales que contribuyen al desarrollo de la mentalización y la función reflexiva (Fonagy, Gergeley, Jurista, & Target, 2002; Fonagy, 2002; Fonagy, Target, Gergely, Allen, & Bateman, 2003)

Pero el "retorno a la realidad" que más afectó al aumento del interés en la disociación fue sin duda la creciente preocupación por el impacto de los traumas, tanto en el curso del desarrollo temprano como en los años posteriores (por ejemplo, Herman, 1997; van der Kolk, McFarlane, & Weisaeth, 1996; Davies y Frawley, 1994; Howell, 2006). Desencadenado especialmente por la atención de las pensadoras feministas a la victimización de las niñas y las mujeres, pero luego ampliado para incluir otros tipos de traumatización, el nuevo reconocimiento de que las primeras formulaciones que atribuían la psicopatología a las consecuencias del trauma tienen mucha más validez de lo que se había

apreciado – y deberían considerarse como incompletas mas que erróneas – da lugar a un renovado estudio del trauma e interés en la disociación, la cual es, a menudo, es una de sus principales consecuencias.

Variedades de disociación

Al reflexionar sobre el concepto de disociación en la teorización contemporánea, es útil señalar que el término disociación, de hecho, no se refiere a un único fenómeno, sino a un conjunto de fenómenos, sólo parcialmente superpuestos, que tienen diferentes implicaciones tanto para la teoría y la práctica clínica. Gran parte del reciente resurgimiento del interés en la disociación se ha centrado principalmente en las grandes disociaciones derivadas de traumas graves. Pero una vez que uno empieza a pensar en términos de disociación, queda claro que la disociación es un concepto que nos ayuda a entender también los más sutiles matices de la experiencia cotidiana y extender y profundizar nuestra comprensión de la gran variedad de alteraciones de la experiencia que constituyen el campo de las "defensas". La evolución del pensamiento psicoanalítico desde una fecha tan temprana como 1920 a la actual, es la evolución del creciente reconocimiento de que "no ser consciente" no es la esencia ni el fin de todo como originalmente se pensó que era. En lo que el psicoanálisis y la psicoterapia psicodinámica están, sobre todo, es en lo restrictivo, limitador y fragmentador (es decir disociativo) de la experiencia que se deriva de las presiones de la ansiedad, culpa, vergüenza o de la necesidad de mantener lazos relacionales importantes. Dicho de otra manera, lo que es fundamental en el trabajo no es lo que *no sabemos* de nosotros mismos, sino lo que al mismo tiempo sabemos y no sabemos, los mecanismos por los que ciertas cosas que *sabemos* no influyen mucho realmente en lo que hacemos o en como nos sentimos.

Permítaseme ilustrar esta forma de ver la disociación con un ejemplo (véase Wachtel, 2005b para obtener más detalles sobre el caso y sus implicaciones teóricas). Uno de los primeros pacientes que se me asignó en mis inicios como terapeuta fue una mujer de veintitantos años, cuya principal queja era lo que parecía ser una tendencia "histérica" a atragantarse gravemente al comer alimentos sólidos. Los médicos no pudieron encontrar base física para sus dificultades, pero comer alimentos sólidos era muy difícil para ella. Aparte de líquidos, prácticamente el único alimento que podía tragar sin gran dificultad y angustia fueron M&Ms, que ella comía en gran cantidad.

Sólo después de muchos meses de tratamiento se hizo mención a que su lucha con el alimento fue un elemento central en su infancia, que su madre tenía obesidad mórbida, y que la preocupación de la madre para que su hija no comiese dulces, en particular, llevó a la paciente, como niña que era, a ocultar caramelos bajo su almohada y a dedicarse a este placer secreto por la noche bajo las sábanas. Por cierto, no sorprenderá a un lector inteligente saber que la comida que más a menudo ocultaba en la cama de esta manera fueron los M& Ms.

Yo me preguntaba entonces - como lo hago todavía hoy - si el no haber percibido nada en absoluto de esto antes de todos esos meses se debía a mi inexperiencia en aquel momento. Pero también me sorprendió en el momento lo que parecía ser la dramática confirmación de la teoría de la represión proporcionada por este giro de los acontecimientos. Como estudiante graduado, había aprendido que las experiencias significativas de la infancia podían ser retenidas en el inconsciente, siendo posible recuperarlas solo después de una extensa labor terapéutica. Este caso parecía ofrecer un ejemplo por excelencia.

¿Qué otra cosa sino la teoría de la represión podría dar cuenta de la desaparición de un recuerdo tan sorprendentemente relevante con sus dificultades y su reaparición sólo tras varios meses de trabajo terapéutico?

La vivencia de mi paciente de estos hechos, sin embargo, fue bastante diferente. Cuando le comenté (con el estilo demasiado comedido y forzado que se les enseñaba a los jóvenes terapeutas en aquellos días) que era interesante que ese recuerdo relevante y poderoso hubiese tardado tantos meses en aparecer, a ella no le pareció muy interesante. Mi objetivo era iniciar un proceso en el que pudiese ir reconociendo que había estado manteniendo activamente ciertos pensamientos y recuerdos fuera de su conciencia. Pero la respuesta de la paciente a mi comentario me sorprendió. En lugar de estar afectada por haber olvidado algo tan relevante, ella comentó como un hecho obvio: “Te lo podría haber contado en cualquier momento. No lo había olvidado, simplemente no me parecía relevante cuando estábamos hablando antes”.

Como señalé en mi anterior discusión de este caso, no creo que ella estuviese mintiendo. Pero no creo que ella estuviese diciendo toda la verdad tampoco. Ella decía toda la verdad a la que tenía acceso. Si yo la hubiera preguntado, ¿Peleabais tu madre y tu por la comida cuando eras una niña, y fueron los M&Ms parte central de esas peleas? No tengo ninguna duda de que ella habría contestado que sí, y me habría contado sobre al menos las líneas generales de lo ocurrido. Por lo tanto, no es algo que “no podía recordar”. Al contrario, lo que ella no podía hacer era tener este recuerdo de forma espontánea. Lo que había sido reprimido, no era el contenido per se, sino la red de asociaciones.

Al considerar esta experiencia, vale la pena recordar un pasaje de un importante artículo de Freud, "Recordar, repetir, y reelaborar", Freud (1914a):

El olvido de impresiones, escenas, vivencias, se reduce las más de las veces a un «bloqueo» de ellas. Cuando el paciente se refiere a este olvido, rara vez omite agregar: «En verdad lo he sabido siempre, sólo que no me pasaba por la cabeza». Y no es infrecuente que exteriorice su desengaño por no ocurrírsele bastantes cosas que pudiera reconocer como «olvidadas», o sea, en las que nunca hubiera vuelto a pensar después que sucedieron (p.148).

Este pasaje es sorprendente en Freud, ya que parece contradecir la idea, tan central en gran parte de su tratamiento y sus escritos, del inconsciente como un campo inaccesible y limitado fuera de la conciencia. Pero si uno abandona la teoría de la represión como la piedra angular del pensamiento psicoanalítico (Freud, 1914b) y el modelo arqueológico de descubrir material enterrado como el objetivo principal, la observación de Freud no es tan sorprendente. Si uno tiene una mirada más atenta a las observaciones reales que caracterizan a la mayoría de las sesiones psicoanalíticas, estas apuntan a una complejidad mucho más grande que la capturada a través de la visión de dos sistemas dominantes (ya sea consciente / preconsciente versus inconsciente o el yo versus el ello) o por una aguda distinción entre material más o menos permanentemente accesible y material más o menos permanentemente inconsciente.¹ El material real de la sesión normalmente se parece más a la explicación de Davies (1996), en la que "no tratamos con un inconsciente, sino con múltiples niveles de conciencia e inconsciencia – una red de atribución de significado y comprensión, organizada de forma múltiple y conectada de forma asociativa". (p.562) Los contenidos mentales no son simplemente “conscientes” o “inconscientes”, son capaces de ser experimentados y ser articulados y elaborados en diferentes grados, dependiendo del estado mental particular de uno y de los contextos situacionales, relacionales y culturales.

Esta forma de pensar no significa que el concepto de inconsciente se abandone o se adultere, aunque si requiere ser modificado y entenderse de una forma mas compleja. Hay ciertos pensamientos y experiencias que son muy duros para ser atendidos por la persona, reconocidos o aceptados como parte de él, y algunos que casi nunca son reconocidos o admitidos a la conciencia del todo. La distinción de Freud entre los contenidos mentales que están simplemente fuera de la conciencia en ese momento (el preconscious) y aquellos contra los que activamente nos defendemos y evitamos (el inconsciente dinámico) sigue siendo de crucial importancia. Pero la variedad de formas en que las experiencias potencialmente molestas son rechazadas y las diferentes formas y grados de conciencia y articulación van mucho mas allá de una simple dicotomía entre consciente (o preconscious) por un lado e inconsciente o inconsciente dinámico por otro. El panorama general de lo que realmente se observa clínicamente parece mucho mas cercano a la explicación de la “experiencia no formulada” ofrecida por Stern (1997), la versión del psicoanálisis articulada fenomenológicamente introducida por Stolorow, Atwood y Orange (por ejemplo, Atwood y Stolorow, 1984; Stolorow & Atwood, 1984, 1992; Orange, Atwood, y Stolorow, 1997), y las descripciones de Saphiro (por ejemplo, 1965, 1981, 1989, 2000), de la propia conciencia con tantas y variadas cualidades y grados de articulación que prácticamente subsumen la visión clásica de consciente e inconsciente (Wachtel, 1982b).

En general, tal y como Freud reconoce en el pasaje citado mas arriba de “Recordar, repetir y reelaborar”, lo que hacemos en el trabajo psicoanalítico o psicoterapéutico, no es tanto desenterrar el material que nunca ha sido experimentado conscientemente antes, o que ha sido prohibido a la conciencia desde el día en que fue enterrado, como el permitir que material que hasta ahora ha sido captado o experimentado muy débil y ocasionalmente, sea reconocido, elaborado y aceptado de forma mas fácil y en mayor profundidad. Además, y a propósito de esta comprensión ampliada de la disociación que estoy exponiendo, el objetivo de trabajo no es solo promover la articulación de la experiencia, sino mejorar las conexiones entre esa articulación y otras experiencias que han sido hasta ahora inescrutables, incomprendidas o difíciles de modificar. La superación de la disociación significa restaurar, o mejorar, la capacidad de moverse desde lo que uno ve o entiende, tanto en el sentido de moverse emocionalmente, como en el sentido de moverse a la acción

El concepto original de defensa de Freud, que estaba tan centrado en la defensa de la represión, fue un producto del modelo arqueológico y de sus aspiraciones como descubridor. Algo fue enterrado y oculto y tuvo que ser desenterrado. Con el tiempo, el propio Freud comenzó a modificar este punto de vista. Con mayor experiencia sobre como los pacientes respondían a sus interpretaciones, la distinción dicotómica entre lo que es accesible a la conciencia y lo que ha sido contenido, tapiado y sellado, comienza a desplazarse hacia una mas detallada comprensión de la compleja fenomenología de las defensas, los modos en que la gente consigue que las cosas no les molesten, no solo manteniéndolas fuera de la conciencia, sino transformándolas, evitando tener registrado su completo significado emocional, actuando sin darse cuenta o dándose cuenta sin actuar, re-explicando o racionalizando, etc. Freud mostró cierto reconocimiento de estos fenómenos casi desde el comienzo mismo del psicoanálisis, pero muy a la manera que se expone aquí con relación a nuestros pacientes, su reconocimiento de sus implicaciones fue fluctuante y dependiente del contexto (en este caso, muy claramente, dependiente de la teoría que Freud estuviese intentando desarrollar). Fue con el “Yo y el ello” (Freud, 1926) y, a continuación, con “El Yo y los mecanismos de defensa” de Anna Freud (1936) con los que las explicaciones dicotómicas mas antiguas de consciente e inconsciente comenzaron a dar paso a las explicaciones mas nuevas y diferenciadas. La psicología del Yo se convirtió en

una nueva base desde la cual se pudieron construir nuevas salidas desde la vieja y simple dicotomía entre consciente e inconsciente.

Pero la psicología del Yo siguió haciendo hincapié en "mecanismos" de defensa, y continúa, en gran medida, asumiendo que los "verdaderos" recuerdos y representaciones están "ahí abajo", ocultos pero recuperables. Queda para los más recientes teóricos, muchos de ellos del emergente punto de vista relacional, la tarea de dar el siguiente paso de transformar el psicoanálisis desde una explicación mecanicista a una fenomenológica. En esto, una característica central ha sido la comprensión más diferenciada de las disociaciones y los modos por los cuales, dependiendo del contexto particular y el estado particular del campo relacional o intersubjetivo, las diferentes configuraciones de pensamiento, emoción y representaciones del objeto y de uno mismo, se colocan en primer o segundo plano y se articulan en grados diversos.

Disociación, Fenomenología y Subjetividad

Lo que las consideraciones anteriores indican es que, en contraste con mucha de la retórica que ha dominado el discurso psicoanalítico, al trabajo clínico de orientación psicoanalítica sería más acertado caracterizarlo como una forma particular y distintiva de investigación fenomenológica (véase en este sentido Atwood y Stolorow, 1984; Basescu, 1972; Orange, Stolorow, y Atwood, 1998; Stolorow y Atwood, 1984,1992; Stolorow, Orange, & Atwood, 2001). Lo que los psicoanalistas hacen no es sumergirse bajo las experiencias del paciente para decirle (interpretarle) qué es lo que realmente siente, sino para descubrir qué está siendo excluido de la conciencia atendiendo meticulosamente a la subjetividad experimentada por el paciente. Este es un modo de escucha que de algún modo puede equipararse con lo característico de cualquier buen oyente, pero se distingue de cualquier forma de escucha del día a día por su preocupación central en atender también lo que no aparece en la conciencia, así como lo que es silenciado, experimentado sin el afecto esperado, o dado un giro que parece no estar en consonancia con la forma en que la persona se comporta o con otros aspectos de lo que está experimentando.

Este punto de vista del trabajo psicoanalítico constituye, en esencia, una forma de resaltar más explícitamente lo que ha estado desde hace mucho tiempo en el corazón de la práctica clínica, pero ha sido oscurecido por la influencia del modelo arqueológico, con sus imágenes del material realmente crucial como algo profundamente enterrado (véase Wachtel, 2003, 2008), así como por las abstracciones y reificaciones que fueron un legado de la metapsicología freudiana. Esas imágenes y abstracciones conllevaron que el objetivo de trabajo fuese pasar por encima de la experiencia consciente "superficial" del paciente con el fin de descubrir e interpretar lo que subyace por debajo. Sin embargo, con la posible excepción de la práctica Keiniana tradicional, la mayor parte del trabajo clínico desde una perspectiva psicoanalítica, no se ha basado realmente en interpretar material que hasta la intervención del analista ha estado completa y permanentemente excluido de la conciencia (recordemos la cita de Freud en este mismo artículo con respecto a la poca frecuencia con que los pacientes recuerdan pensamientos o experiencias que han sido totalmente olvidados o inaccesibles previamente). Por el contrario, ha conllevado un arduo seguimiento, muy agudo y finamente detallado, de la experiencia real del paciente y la utilización de este mismo esfuerzo como la base para lograr un mayor conocimiento de lo que no es consciente.

El objetivo del psicoanálisis clínico es entrar en el mundo del paciente, pero no se trata

de un entrar en el sentido de ir "dentro" de un mundo que ha sido ocultado tras un muro y es completamente inaccesible a la experiencia consciente. Se trata de una inmersión empática en la experiencia del paciente, una inmersión que deja en el paciente la sensación de ser entendido, no "interpretado" (véase Bromberg, 1993 y Stolorow, Brandchaft, y Atwood, 1987 para una visión similar del proceso psicoanalítico).

Es la conciencia sobre si mismo la que es la vía regia al inconsciente. Es a través de la atención a la diversidad de cualidades y contenidos de la conciencia, percibiendo lo que viene bruscamente a la atención, lo que se experimenta solo de forma tenue o borrosa, cuándo el foco y la calidad de la experiencia consciente cambia, ya sea brusca o sutilmente, cuándo la experiencia subjetiva del paciente parece sincera y cuándo es encubierta, silenciada o fría, y así sucesivamente hasta que el clínico llega a comprender la naturaleza de contra qué se está defendiendo. El inconsciente no es tanto un reino oculto, ya configurado y yaciendo oculto bajo la superficie, sino mas bien un conjunto desarticulado de potencialidades para la experiencia completa, un conjunto de proclividades e inclinaciones que guían y forman la experiencia sin que el paciente lo elabore, conozca o apruebe plenamente (véase Stern, 1997). La comprensión del inconsciente es siempre una inferencia basada en el estudio minucioso de las peculiaridades de la conciencia.

El paso hacia un mayor y mas próspera adopción de la fenomenología, como Stolorow (1997) ha señalado, no es un alejamiento del tema del inconsciente, sino como ya he argumentado, una reconceptualización del inconsciente, reconceptualización estrechamente relacionada con el cambio en el énfasis desde la represión a la disociación que ha sido uno de los asuntos de este artículo. El nuevo foco en los múltiples, complejos y cambiantes grados de acceso y articulación de la experiencia deriva de una mayor atención a las experiencias reales de los pacientes en lugar de una visión del inconsciente dinámico como un "lugar subterráneo" (Stolorow, Orange y Atwood, 2001 p.44) y el proceso terapéutico como una "excavación arqueológica de capas cada vez mas profundas de una sustantiva y aislada mente inconsciente". (Stolorow, Orange y Atwood, 2001 p.47)

Cada vez mas, los clínicos psicoanalíticos, en lugar de bucear bajo la experiencia de la persona, guiados por una teoría estandarizada y normativa, están zambulléndose en esa experiencia. En lugar de tratar de demostrar al paciente como se engaña, tratan de invitarle a ver como se está restringiendo a si mismo, como algunos aspectos de su experiencia no están recibiendo el mismo respeto, atención o articulación que otros. En ese sentido, en lugar de desechar la experiencia consciente por ser una forma de encubrir lo que está realmente por debajo, tratan mas a fondo de explorar la experiencia consciente, y, en el proceso, ampliarla y profundizar en ella. (véase Shapiro, 1981, 1989, 2000)

La experiencia consciente, la "superficie" de la psique, ya no es, para mucho clínicos, vista solo como el cascarón desechable para ir a lo "mas profundo". La "superficie" puede proporcionar su propia visión en profundidad de la psicología de la persona, un insight que es al menos tan importante y profundo como el asociado con la exploración del significado "latente". Consideremos, por ejemplo, los siguientes dos sueños, similares en que en ambos el contenido latente puede ser visto como incluyendo una representación simbólica del pene, pero significativamente diferentes en sus implicaciones y en el mas amplio significado psicológico que transmiten. En un sueño, el paciente (varón) está agitando una espada triunfalmente y entonces la escena cambia y un avión está despegando y "atravesando el cielo". En el segundo sueño, otro paciente varón también sueña con un avión despegando, pero entonces el sueño continúa con el avión perdiendo altura y estrellándose en un pantano. Interpretar que el avión (o la espada) es un pene, y el pantano una vagina hace perdamos

gran parte del significado del sueño. El significado mas profundo, podríamos decir, no radica en el contenido latente sino en las cualidades *superficiales* de las descripciones. Hay una gran diferencia entre un pene que atraviesa el cielo y otro que “pierde altitud” y aterriza en un pantano. Del mismo modo, existe una gran diferencia entre una vagina que está representada por un pantano y otra que está simbólicamente representada por “un nido acogedor, cálido y cómodo” (elemento extraído de otro sueño de un paciente varón). Podríamos anticipar que el sentido de si mismo, la vida sexual y las relaciones con las mujeres serán considerablemente diferentes en cada caso. (Véase también a este respecto, el esclarecedor debate de Erikson [1954] de uno de los sueños de Freud mas intensamente examinados.)

La retórica que durante muchos años estuvo estrechamente asociada con la defensa de las aproximaciones psicoanalíticas tradicionales a la teoría y a la práctica describía este énfasis en los detalles de la experiencia consciente como un refugio con respecto a los insights que Freud obtuvo con tanto esfuerzo y haciendo frente a una gran resistencia. Pero se puede argumentar que es el modo de pensamiento arqueológico y su prisa por *excavar bajo* la experiencia consciente lo que es un refugio – un refugiarse de la que quizá les a virtud principal del método psicoanalítico, su intensa atención a la inmersión en el mundo subjetivo del otro. La prisa por interpretar la fantasía “latente” es quizá mas evidente en la práctica tradicional kleiniana, pero es una tentación que en un momento o en otro probablemente atrapa casi a cada clínico psicoanalítico bien formado, una fuerza gravitatoria ejercida por la teoría sobre la práctica que requiere tanto conocimiento como sofisticación para poder resistirse a ella.

Lo que en la práctica real los buenos clínicos psicoanalíticos hacen, sobre todo, es explorar los matices sutiles de la experiencia subjetiva, y es esta gran atención a o que se experiencia lo que les permite comprender mejor lo que está siendo omitido. Desde tal punto de vista, a la vez fenomenológico y psicoanalítico, Stolorow (1997) ha señalado que, “el límite entre consciente e inconsciente es... fluido y continuamente cambiante, un producto de la responsividad cambiante del medio a las diferentes regiones de la experiencia emocional del niño.” De forma sorprendentemente similar, desde el punto de vista de los múltiples estados del self, Davies (1996) hace hincapié en que “lo que es consciente y lo que es inconsciente en un momento determinado, emergerá en un momento dado de forma fluida de la particular constelación del self – y la experiencia del objeto que cristaliza en el primer plano de la experiencia interpersonal.”(p. 562) Esta idea de limite fluido entre lo que es consciente y lo que es inconsciente, señalan Stolorow y Atwood (1989) “contrasta marcadamente con la noción tradicional de la barrera de la represión como una estructura intrapsíquica fijada, ‘una división tajante y definitiva’ (Freud, 1915) que separa los contenidos conscientes de los inconscientes.” (p.369)

Poniendo estas diversas observaciones juntas, podemos decir que la estrecha atención, en las sesiones psicoanalíticas, a la experiencia real de la gente revela que la concepción tradicional del inconsciente como una región de la mente separada y acordonada es un instrumento conceptual bastante rudimentario. Es una idea que fue de gran valor en los primeros años de la investigación psicoanalítica como una forma inicial de entender un nuevo fenómeno observado, pero es insuficientemente flexible para proporcionar una adecuada explicación tanto de los objetivos de la psicoterapia dinámica como de la rica y variada naturaleza de la experiencia humana y la conducta en todos sus múltiples contextos.

Variedades de intersubjetividad

El énfasis fenomenológico de Stolorow, Atwood y Orange ha sido estrechamente relacionado con otro concepto central en toda la evolución del movimiento relacional: intersubjetividad. Sin embargo, como señalan Stolorow, Orange y Atwood (2001), el término intersubjetividad ha sido usado de diferentes modos (distintamente) que a veces implican y derivan deposiciones teóricas un tanto diferentes. La versión de la intersubjetividad de las “relaciones de objeto” de Benjamin (1990), la versión neo-kleiniana de Ogden (1994) y la versión contextual de Orange, Atwood y Stolorow (1997) tienen mucho en común, pero a veces también difieren de forma importante.

Un rasgo clave de la versión de la intersubjetividad de Benjamin es su énfasis en el empuje del desarrollo – y al mismo tiempo resistencia – a reconocer al otro como un sujeto humano completo, un centro de acción, esperanza y emociones. Para ella, la intersubjetividad “se refiere a esa teoría o zona de la experiencia en la cual el otro no es meramente un objeto de las necesidades/pulsiones o cogniciones/percepciones del yo, sino que posee un centro del self separado y equivalente” (Benjamin, 1990, p. 35). En contraste a muchos otros teóricos que se identifican fuertemente con la tradición de las relaciones objetales, Benjamin, aunque atenta a las dimensiones de la experiencia humana en las cuales experimentamos y tratamos a los otros como objetos, señala las limitaciones de una visión teórica en la cual todas las relaciones humanas son conceptualizadas como “relaciones de objeto”. Ella argumenta que “la tendencia desafortunada de convertir a los sujetos en objetos... es un síntoma de los muchos problemas del psicoanálisis que una teoría relacional debería intentar sanar”. En un afortunado juego de palabras con un famoso pasaje de Freud, afirma que, “la investigación dentro de las dimensiones intersubjetivas del encuentro analítico debería intentar cambiar nuestra teoría y práctica de tal forma que “donde había objetos, devengan sujetos”” (p.34, cursivas añadidas)

Benjamin también plantea, como una característica esencial de su enfoque de la intersubjetividad, que reconocer al otro como sujeto, como un ser que experimenta y es un sujeto agente, es esencial para que la primera persona experimente completamente su propia subjetividad (ver también, Benjamin 1988, 1996, 1997). Pero, al igual que en los importantes trabajos de Fonagy y sus colegas sobre los conceptos muy similares de mentalización y función reflexiva (p. e. Fonagy, 2000, 2002; Fonagy & Target, 1997, 1998; Fonagy, Gergely, Jurist & Target, 2002; Fonagy, Target, Gergely, Allen & Bateman, 2003) Benjamin enfatiza que esta capacidad es un logro del desarrollo y que, a menudo, solo es “alcanzable de forma desigual”.

Al presentar su versión de la intersubjetividad, basada en las relaciones objetales, Benjamin sugiere que la tarea definitoria de la teorización relacional es “explicar, tanto los efectos universales de las relaciones humanas sobre el desarrollo psíquico como los efectos omnipresentes de las fantasías y mecanismos psíquicos internos al moldear la vida psíquica y las interacciones” (Benjamin, 1990, p.35) Esta concepción de la agenda teórica del paradigma relacional coincide significativamente con el objetivo central del punto de vista de la psicodinámica cíclica (Wachtel, 1993, 1997, 2008) y el análisis en términos de esquemas, asimilación y acomodación que se ha expuesto aquí. Pero hay también importantes diferencias entre el punto de vista de la psicodinámica cíclica y la versión de Benjamin de la intersubjetividad, la cual describe como “una perspectiva de relaciones de objeto basada en la complementariedad de aspectos intrapsíquicos e intersubjetivos del desarrollo del si-

mismo". (p.33)

En contraste, yo diría que el concepto de complementariedad es solo un punto intermedio entre las visiones que Benjamin critica acertadamente (aquellas que ve como perspectivas dicotómicas y contrarias, tales como pulsión y relación objetal, yo y ello, o intrapsíquico e interpersonal) y una visión más minuciosamente integrada en la cual el impacto de los otros reales en nuestras vidas y el papel de nuestras tendencias y estructuras psicológicas actuales y/o preexistentes son comprendidas, no solo como "complementarias", sino *como mutuamente constitutivas*. Distinto, comenta, de la visión de las olas o de las partículas que, al menos en nuestro estado de conocimiento, requieren una concepción de complementariedad para incorporar todas las observaciones, los roles de los llamados determinantes internos y externos parecen estar compitiendo o ser contradictorios, solo por ciertas características de la fundación conceptual original del pensamiento psicoanalítico. Stolorow, Atwood y Orange (2001) han descrito una de esas características como un cartesianismo residual, que establece límites en cuanto al grado en el que algunos puntos de vista relacionales son capaces o no de trascender la dicotomía sujeto-objeto.

Las teorías relacionales convergen en su búsqueda de esta agenda general que Benjamin describe – dar cuenta "tanto de los efectos universales de las relaciones humanas sobre el desarrollo psíquico como los efectos omnipresentes de los mecanismos y fantasías psíquicas internas en moldear la vida psíquica y las interacciones" - pero difieren en los detalles sobre como abordar la tarea. En parte, estas diferencias provienen de las no muy bien apreciadas ambigüedades en los términos y conceptos que dan cuerpo a la aparente declaración de consenso de Benjamin. Una de estas ambigüedades se basa en la palabra "desarrollo". ¿Se refiere solo al desarrollo temprano, antes de que las experiencias con los otros se hayan "internalizado"? En esta dirección están las teorías relacionales que mantienen elementos significativos del modelo arqueológico, de estratos psicológicos enterrados e inaccesibles a las influencias de las experiencias más contemporáneas (las cuales, según esta visión, son vistas como "superficiales"). En contraste están aquellas otras teorías que conciben el desarrollo como un proceso de construcción continua (Zeanah, Anders, Saifer & Stern, 1989), en el cual las estructuras de la vida psíquica están constantemente evolucionando en relación a sus transacciones con nuevas experiencias, así como moldeando e influyendo poderosamente en estas nuevas experiencias (ver, por ejemplo, la discusión anterior sobre esquemas, asimilación y acomodación).

De igual modo, ¿qué se entiende exactamente por mecanismos psíquicos internos? Este es uno de esos tropos que se han vuelto tan absolutamente familiares en el discurso psicoanalítico que ya no es reconocido o cuestionado teóricamente. ¿es el término entendido meramente como una manera de indicar que las estructuras pertenecen o son una característica o propiedad de un individuo particular, llevadas consigo de situación en situación, en lugar de entender su experiencia únicamente - y de forma reactiva - como un producto del campo intersubjetivo? Tal comprensión de lo *interno* no merece objeción alguna. Sin embargo, como Mitchell (1993) y Schafer (1976) han señalado las metáforas espaciales son a la vez dominantes en el pensamiento psicoanalítico y potencialmente problemáticas. "Interno" es una de estas metáforas espaciales, y si no se examina detenidamente, puede fácilmente conducirnos a la ecuación inconsciente de "interior" igual a "protegido de la influencia de los eventos 'externos'". Si "interno" se entiende de esta manera, contrastaría marcadamente con la comprensión de las estructuras *contextuales* que están en el centro del punto de vista de la psicodinámica cíclica, con la forma contextual de intersubjetividad destacada por Stolorow, Atwood y Orange (1999; Orange, Atwood y Stolorow 1997; Stolorow, Orange y Atwood, 2001), y con el énfasis intersubjetivo y

contextual de muchas de las teorías sobre múltiples estados del self.

Una característica inusual de la versión de intersubjetividad elaborado por Stolorow y sus colegas, y que les distingue de la mayor parte de los principales autores psicoanalíticos, es su énfasis en los modos en que la influencia inconsciente sobre nuestra conducta y experiencia no incluye solo motivaciones o pensamientos que están reprimidos o contra los que nos defendemos (el tradicional inconsciente dinámico), sino también las estructuras de significado e interpretación a través de las cuales captamos el mundo, y que a menudo tampoco pueden ser articuladas y experimentadas conscientemente – y que tienen igualmente consecuencias cruciales. Como ellos señalan:

En ausencia de reflexión, una persona no es consciente de su papel como sujeto participante en la elaboración de su realidad personal. El mundo en el que vive y se mueve se presenta como si fuera algo independiente y objetivamente real. Pautar y tematizar los acontecimientos que de forma única caracterizan su realidad son vistas *como si fuesen propiedades de esos eventos en lugar de productos de sus propias construcciones e interpretaciones subjetivas*. La terapia psicoanalítica puede ser vista como un procedimiento a través del cual un paciente adquiere conocimiento reflexivo de esta actividad estructurante inconsciente. (Stolorow y Atwood, 1984. P.101, cursivas añadidas)

Esta ampliación del significado de los procesos inconscientes clínicamente relevantes – incluyendo como una característica central del trabajo no solo el tradicional inconsciente dinámico o reprimido sino también los principios organizadores inconscientes (los cuales no pueden ser reprimidos, pero aun así requieren una exhaustiva exploración para que la persona pueda modificar los patrones problemáticos de su vida) – converge con el importante trabajo del *Boston Process of Change Study Group* (Grupo de Boston para el estudio del proceso de cambio; por ejemplo Lyons-Ruth, 1998, 1999; Stern et al, 1998; Stern, 2004) sobre el “conocimiento relacional implícito”. Ofrece también un importante punto de convergencia entre la teoría psicoanalítica y los descubrimientos de la ciencia cognitiva contemporánea, que pone de manifiesto el papel crítico y dominante de los procesos mentales que son inconscientes pero no reprimidos (cf. Bucci, 2000; Eagle, 1987; Hassin, Uleman, & Bargh, 2006; Kihlstrom, 1984, 1987; Shevrin, 1992;).

Stolorow y Atwood difieren, sin embargo, del punto de vista de la mayoría de las investigaciones en ciencias cognitivas en varios aspectos importantes. Cuando gran parte del clima intelectual de la ciencia cognitiva contemporánea es explícita o implícitamente antipsicoanalítica y establece una marcada distinción entre su concepción de inconsciente o procesos implícitos y la del psicoanálisis (por ejemplo, Jureidini y O'Brien, 2002), Stolorow y Atwood conceptualizan estos procesos organizativos fundamentales no como una alternativa al inconsciente psicoanalítico, sino como un factor complementario y adicional en nuestra vida mental. Además, en lugar de ver estos procesos implícitos como sustratos neurales sobre los que es prácticamente imposible reflexionar u observar, Stolorow y Atwood toman como meta importante del proceso terapéutico ayudar a la persona a lograr al menos algún grado de conocimiento de estas estructuras organizadoras y de la forma en que moldean nuestra experiencia del mundo y nuestra percepción sobre las opciones que tenemos disponibles. Por último, en una visión que particularmente les une con otros pensadores en el amplio espectro relacional, su comprensión de estas estructuras organizadoras no se basa en que residan en una mente aislada o cerebro, sino que es continua e intrínsecamente intersubjetiva.

Intersubjetividad y acción

Al tratar de iluminar aun mas la relación entre la versión psicodinámico - cíclica de la teoría relacional (Wachtel, 2008) y las teorías relacionadas que se han expuesto aquí, es clarificador considerar el particular papel central de la *acción* en la teoría de la psicodinámica cíclica. Desde el punto de vista de la psicodinámica cíclica, la intersubjetividad es evidente no solo en el ámbito de la percepción, la representación o la experiencia subjetiva, sino, igualmente importante, en el ámbito de la acción. Ningún teórico, por supuesto, podría negar que nuestras acciones establecen un cambio significativo en nuestras vidas o en que los modos en que los demás reaccionan con nosotros están muy influidos por la forma en que nosotros actuamos hacia ellos. Pero los legados tanto de los antiguos énfasis intrapsíquicos del pensamiento psicoanalítico como también de la tradición fenomenológica, han puesto el foco principalmente en las formas en que la gente percibe y experimenta. En el acercamiento psicodinámico cíclico a la teoría y práctica relacional, hay un énfasis explícito en complementar este foco con una atención igual al papel crucial de las acciones mutuas de la gente en el campo intersubjetivo.

La atención a los sistemas dinámicos que constituyen la naturaleza de nuestra vida-en-el-mundo (véase, por ejemplo, Gante, 2002; Stolorow, 1997a, b, c; Thelen & Smith, 1994; Wachtel & Wachtel, 1986, Wachtel, 1997, 2008) destaca el papel de las acciones mutuas entre la gente y de las interacciones en la creación y el mantenimiento de los patrones de sus vidas. El papel de las acciones es, por otra parte, fundamental no solo por el mantenimiento de patrones conductuales manifiestos, sino también en los patrones de representación y experiencia subjetiva que han estado mas típicamente en el centro del discurso psicoanalítico. Al igual que nuestro comportamiento está determinado por la manera en que inconscientemente construimos el mundo, las maneras en que construimos el mundo están siendo constantemente modificadas o mantenidas por los acontecimientos que nos encontramos a cada momento, acontecimientos que en gran medida son provocados a través de nuestra conducta (y, para completar el círculo, a través de las interpretaciones subjetivas que *nos llevan* a actuar de la forma en que lo hacemos). No se trata del uno o el otro, de que uno de ellos sea más importante o fundamental, sino de que son parte de un único proceso de *vivir en el mundo*^k.

Esto no significa situar a la acción en el centro y tratar a la representación y la experiencia subjetiva como periféricas, o establecer una visión unidireccional de causa y efecto, siendo las acciones las causas y las representaciones del si mismo y los objetos los efectos. Tal explicación sería tan simplista, incompleta e inexacta como un enfoque que preste atención exclusivamente al papel causal de la experiencia interna y que deje fuera el papel crucial de las acciones (una situación esta mucho mas común en el discurso psicoanalítico, aun cuando rara vez se declare explícitamente). Lo que es crucial, desde el punto de vista psicodinámico cíclico, es la interacción mutua y bidireccional entre la experiencia subjetiva y las estructuras mentales por un lado, y las acciones en el mundo real por el otro.

No nos mantenemos en nuestros viejos modos de percibir y experimentar simplemente porque han sido internalizados (y desde entonces están ahí porque si). Esa persistencia requiere de una serie de repetidas transacciones con los otros, transacciones en las cuales el comportamiento de uno – y su papel para provocar comportamientos de los demás – es crucial. En una terminología que ya he propuesto en otro lugar (Wachtel, 1991, 1993, 2008), comprender la persistencia de los patrones clave en la vida de las personas requiere una comprensión de la forma en que nosotros (por lo general sin conciencia o comprensión del

proceso) inducimos a otros a desempeñar el papel de “cómplices” en esos patrones. Una explicación puramente interna no se ocupa de esta dinámica. Por el contrario, una completa y adecuada explicación del individuo como una persona que vive-en-el-mundo es una explicación en la cual las acciones del día a día y lo que podría llamarse subjetividad profunda están igualmente presentes y en la cual se reconoce que realmente no podemos entender una sin entender la otra.

REFERENCIAS

- Ainsworth, M.D.S., Blehar, M.C., Waters, E., & Wall, S. (1978). *Patterns of Attachment: A Psychological Study of the Strange Situation*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Aron, L. (1991a). Working Through the Past—Working Toward the Future. *Contemp. Psychoanal.*, 27:81-108.
- Aron, L. (1991b). The Patient's Experience of the Analyst's Subjectivity. *Psychoanal. Dial.*, 1:29-51.
- Aron, L. & Harris, A. (1993). *The legacy of Sandor Ferenczi*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Atwood, G. E. & Stolorow, R. D. (1984), *Structures of Subjectivity: Explorations in Psychoanalytic Phenomenology*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Basescu, S. (1972). Existence and experience. In Goldman, G. D. & Milman, D. S. *Innovations in psychotherapy*. Oxford, England: Charles C Thomas.
- Beebe, B., & Lachmann, F. (2002). *Infant Research and Adult Treatment: Co-Constructing Interactions*. Hillsdale, N.J.: Analytic Press.
- Benjamin J. (1988). *The bonds of love: psychoanalysis, feminism, and the problem of domination* New York : Pantheon.
- Benjamin, J. (1990). An Outline of Intersubjectivity. *Psychoanal. Psychol.*, 7 (Supplement):, 33-46.
- Benjamin, J. (1996). *Like subjects, love objects : essays on recognition and sexual difference* New Haven: Yale University Press.
- Benjamin, J. (1997). *The shadow of the other: intersubjectivity and gender in psychoanalysis* New York : Routledge.
- Berman, E. (1981). Multiple Personality: Psychoanalytic Perspectives. *Int. J. Psycho-Anal.*, 62:283-300
- Bromberg, P. M. (1993). Shadow and Substance. *Psychoanal. Psychol.*, 10:147-168.
- Bromberg, P. M. (1996a). Standing in the Spaces: The Multiplicity Of Self And The Psychoanalytic Relationship. *Contemp. Psychoanal.*, 32:509-535
- Bromberg, P.M. (1996b). Hysteria, Dissociation, and Cure: Emmy von N Revisited. *Psychoanal. Dial.*, 6:55-71.
- Bromberg,, P. M. (1998). Staying the Same While Changing: Reflections on Clinical Judgment. *Psychoanal. Dial.*, 8:225-236.
- Bucci, W. (2000). The need for a "psychoanalytic psychology" in the cognitive science field. *Psychoanalytic Psychology*, 17, 203-244.
- Cassidy, J. & Shaver, P. R. (Eds). (1999). *Handbook of attachment: Theory, research, and clinical applications*. New York: Guilford Press.
- Cohen, J. & Tronick, E. (1988). Mother-infant face-to-face interaction: Influence is bidirectional and unrelated to periodic cycles in either partner's behavior. *Developmental Psychology*, 24, 386-392.
- Davies, J. M. & Frawley, M. G. (1994). *Treating the adult survivor of childhood sexual abuse: A psychoanalytic perspective*. New York: Basic Books.
- Davies, J. M. (1994). Love in the Afternoon: A Relational Reconsideration of Desire and Dread in the Countertransference. *Psychoanal. Dial.*, 4:153-170
- Davies, J. M. (1996). Linking the “Pre-Analytic” with the Postclassical: Integration, Dissociation, and the Multiplicity of Unconscious Process. *Contemp. Psychoanal.*, 32:553-576

- Davies, J. M. (1998). Between the Disclosure and Foreclosure of Erotic Transference-Countertransference: Can Psychoanalysis Find a Place for Adult Sexuality?. *Psychoanal. Dial.*, 8:747-766.
- Eagle, M. N. (1987). The psychoanalytic and the cognitive unconscious. In R. Stern (Ed.), *Theories of the unconscious and theories of the self*. (pp. 155-189). Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Erikson, E. H. (1963). *Childhood and society* (2nd edition). New York: Norton.
- Erikson, E. H. (1954). The Dream Specimen of Psychoanalysis. *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 2:5-56.
- Fairbairn, W. R. D. (1952). *An object relations theory of the personality*. New York: Basic Books.
- Ferenczi, S. (1926). *Further contributions to the theory and technique of psycho-analysis*. London: Hogarth Press and the Institute of Psycho-analysis.
- Ferenczi, S. (1952). *First contributions to psycho-analysis*. London: Hogarth Press.
- Ferenczi, S. (1955). *Final contributions to the problems & methods of psycho-analysis*. London: Hogarth Press.
- Flavell, J. H. (1963). *The developmental psychology of Jean Piaget*. Princeton, NJ: Van Nostrand.
- Fonagy, P. (2000). Attachment and borderline personality disorder. *Journal of the American Psychoanalytic Association*. 48, 1129-1146.
- Fonagy, P. (2002). Understanding of mental states, mother-infant interaction, and the development of the self. In J. M. Maldonado-Durán, (Ed). *Infant and toddler mental health: Models of clinical intervention with infants and their families*. (pp. 57-74). Washington, DC, US: American Psychiatric Publishing.
- Fonagy, P. Gergely, G., Jurist, E. & Target, M. (2002). *Affect regulation, mentalization, and the development of the self*. New York: Other Press.
- Fonagy, P. & Target, M. (1997). Attachment and reflective function: Their role in self-organization. *Development and Psychopathology*. 9, 679-700.
- Fonagy, P. & Target, M. (1998). Mentalization and the changing aims of child psychoanalysis. *Psychoanalytic Dialogues*. 8, 87-114.
- Fonagy, P. Target, M. Gergely, G. Allen, J., & Bateman, A. W. (2003). The developmental roots of borderline personality disorder in early attachment relationships: A theory and some evidence. *Psychoanalytic Inquiry*. Special Issue: Infant research. Vol 23 (3), pp. 412-459.
- Freud, A. (1936). *The ego and the mechanisms of defense*. New York: International Universities Press.
- Freud, S. (1914a). Remembering, repeating, and working through. *Standard Edition*. Vol. 12.
- Freud, S. (1914b). On the history of the psychoanalytic movement *Standard Edition*, Vol. 14
- Freud, S. (1915a). The Unconscious. *Standard Edition*, Vol. 14
- Freud, S. (1915b). Repression. *Standard Edition*, Vol. 14
- Freud, S. (1926). *Inhibitions, symptoms, and anxiety*. Standard Edition, Vol. 20.
- Ghent, E. (1992). Paradox and process. *Psychoanalytic Dialogues*, 2, 135-159.
- Ghent, E. (2002). Wish, need, drive: Motive in the light of dynamic systems theory and Edelman's selectionist theory. *Psychoanal. Dial.*, 12:763-808.
- Greenberg, J. R. (1986). Theoretical Models and the Analyst's Neutrality. *Contemp. Psychoanal.*, 22:87-106
- Greenson, R. (1965). The working alliance and transference neurosis. *Psychoanalytic Quarterly*, 34, 155-181.
- Greenson, R. (1967). *The technique and practice of psychoanalysis*. New York: International Universities Press.
- Greenson, R. (1971). The "real" relationship between the patient and the psychoanalyst. In M. Kanzer (Ed.), *The unconscious today*. New York: International Universities Press.
- Harris, A. (1996). The Conceptual Power of Multiplicity. *Contemporary Psychoanalysis*, 32:537-552
- Hartman, H. (1939). *Ego psychology and the problem of adaptation*. New York: International Universities Press.
- Hassin, R., Uleman, J. & Bargh, J. (2006). *The New Unconscious: Social Cognition and Social Neuroscience*.

New York: Oxford University Press.

- Herman, J. L. (1997). *Trauma and recovery* Rev. ed. New York : Basic Books,.
- Hoffman, I. Z. (1983). The Patient as Interpreter of the Analyst's Experience. *Contemp. Psychoanal.*, 19:389-422.
- Horney, K. (1939). *New ways in psychoanalysis*. New York: Norton.
- Horney, K. (1945). *Our inner conflicts*. New York: Norton.
- Howell, E. (2006). *The dissociative mind*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Jaffe, J., Beebe, B., Feldstein, S., Crown, C.L., & Jasnow, M. (2001). *Rhythms of Dialogue in Infancy*. Monographs of the Society for Research in Child Development, Series 264, Vol 66 (2).
- Kihlstrom, J. F. (1984). Conscious, subconscious, unconscious: A cognitive view. In *The unconscious reconsidered*. Ed. K. S. Bowers and D. Meichenbaum. New York: Wiley.
- Kihlstrom, J. F. (1987). The cognitive unconscious. *Science*, 237, 1445-52.
- Kohut, H. (1971). *The analysis of the self*. New York: International Universities Press.
- Kohut, H. (1977). *The restoration of the self*. New York: International Universities Press.
- Kohut, H. (1979). The Two Analyses of Mr Z. *Int. J. Psycho-Anal.*, 60:3-27.
- Lachmann, F. M. (1996a). How Many Selves Make a Person?. *Contemporary Psychoanalysis*, 32:595-614
- Lachmann, F. M. (1996b). Yes, One Self Is Enough!. *Contemporary Psychoanalysis*, 32:627-630.
- Loewald, H. (1960). On the therapeutic action of psycho-analysis. *International Journal of Psycho-Analysis*, 41, 16-33.
- Loewenstein, R. J. and Ross, D. R. (1992). Multiple Personality and Psychoanalysis: An Introduction. *Psychoanal. Inq.*, 12:3-48
- Lyons-Ruth, K. (1998). Implicit relational knowing: Its role in development and psychoanalytic treatment. *Infant Mental Health Journal*. 19, 282-289.
- Lyons-Ruth, K. (1999). The Two-Person Unconscious. *Psychoanal. Inq.*, 19:576-617.
- Main, M. (1995). Recent studies in attachment: Overview, with selected implications for clinical work. In *Attachment Theory: Social, Developmental, and Clinical Perspectives*, ed. S. Goldberg, R. Muir, & J. Kerr. Hillsdale, NJ: Analytic Press, pp. 407-475.
- Main, M., Kaplan, N., & Cassidy, J. (1985). Security in infancy, childhood and adulthood: A move to the level of representation. In *Growing Points of Attachment Theory and Research*, ed. I. Bretherton & E. Waters. Monographs of the Society for Research in Child Development, vol. 50 (1-2), serial no. 209. Chicago: University of Chicago Press, pp. 66-107.
- Mitchell, S. A. (1993). *Hope and dread in psychoanalysis*. New York: Basic Books. New York: Basic Books.
- Neisser, U. (1976). *Cognition and reality: Principles and implications of cognitive psychology*. New York: Freeman.
- O'Brien, G. & Jureidini, J. (2002). Dispensing with the dynamic unconscious. *Philosophy, Psychiatry, & Psychology*, 9, 141-153.
- Orange, D. M., Atwood, G. E. & Stolorow, R. D. (1997). *Working Intersubjectively: Contextualism in Psychoanalytic Practice*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Orange, D. M., Stolorow, R. D. and Atwood, G. E. (1998). Hermeneutics, Intersubjectivity Theory, and Psychoanalysis. *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 46:568-571.
- Pizer, S. A. (1992). The negotiation of paradox in the analytic process. *Psychoanalytic Dialogues*, 2, 215-240.
- Pizer, S. A. (1996). The Distributed Self: Introduction To Symposium On 'The Multiplicity Of Self And Analytic Technique'. *Contemporary Psychoanalysis*, 32:499-507
- Rapaport, D. (1951). *Organization and pathology of thought*. New York: Columbia University Press.

- Rapaport, D. (1959). A historical survey of psychoanalytic ego psychology. *Psychological Issues*, Monograph 1 (pp. 5-17). New York: International Universities Press.
- Robins, C. J., Schmidt, H., & Linehan, M. M. (2004). Dialectical behavior therapy: Synthesizing radical acceptance with skillful means. In Hayes, S. C., Follette, V. M., & Linehan, M. M. (Eds). *Mindfulness and acceptance: Expanding the cognitive-behavioral tradition*. (pp. 30-44). New York: Guilford Press.
- Schacter, D. L. (1996). *Searching for memory : the brain, the mind, and the past*. New York: Basic Books.
- Schafer, R. (1976). *A new language for psychoanalysis*. New Haven: Yale University Press.
- Schafer, R. (1977). The interpretation of transference and the conditions for loving. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 25, 335-362.
- Schimek, J. G. (1975). A Critical Re-Examination of Freud's Concept of Unconscious Mental Representation. *Int. R. Psycho-Anal.*, 2:171-187.
- Shapiro, D. (1965). *Neurotic styles*. New York: Basic Books.
- Shapiro, D. (1981). *Autonomy and rigid character*. New York: Basic Books.
- Shapiro, D. (1989). *Psychotherapy of neurotic character*. New York: Basic Books.
- Shapiro, D. (2000). *Dynamics of character*. New York: Basic Books.
- Shevrin, H. (1992). The Freudian unconscious and the cognitive unconscious: Identical or fraternal twins? In *Interface of psychoanalysis and psychology*. Ed. J. Barron, M. Eagle, and D. Wolitzky. Washington, DC: American Psychological Association.
- Slade, A. (2000). The development and organization of attachment: Implications for psychoanalysis. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 48, 1147-1174.
- Slavin, M. O. (1996). Is One Self Enough? Multiplicity In Self-Organization And The Capacity To Negotiate Relational Conflict. *Contemporary Psychoanalysis*, 32:615-625
- Stern, D. N. (1985). *The Interpersonal World of the Infant*. New York: Basic Books.
- Stern, D. N. (2004). *The present moment: In psychotherapy and everyday life*. New York: Norton.
- Stern, D. N., Sander, L. W., Nahum, J. P., Harrison, A. M., Lyons-Ruth, K., Morgan, A. C., Bruschiweiler-Stern, N. and Tronick, E. Z. (1998). Non-Interpretive Mechanisms in Psychoanalytic Therapy: The 'Something More' Than Interpretation. *Int. J. Psycho-Anal.*, 79:903-921.
- Stern, D. B. (1997). *Unformulated Experience: From Dissociation to Imagination in Psychoanalysis*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Stolorow, R. D. (1997a). A Dynamic Systems Approach to the Development of Cognition and Action. *International Journal of Psycho-Analysis*, 78:620-622
- Stolorow, R. D. (1997b). Dynamic, Dyadic, Intersubjective Systems. *Psychoanalytic Psychology*, 14:337-346
- Stolorow, R. D. (1997c). Principles of Dynamic Systems, Intersubjectivity, and the Obsolete Distinction Between One-Person and Two-Person Psychologies. *Psychoanalytic Dialogues*, 7:859-868.
- Stolorow, R. D. & Atwood, G. E. (1984). Psychoanalytic phenomenology: Toward a science of human experience. *Psychoanal. Inq.*, 4:87-105.
- Stolorow, R. D. & Atwood, G. E. (1992). *Contexts of Being: The Intersubjective Foundations of Psychological Life*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Stolorow, R. D., Atwood, G. E. and Orange, D. M. (1999). Kohut and Contextualism. *Psychoanal. Psychol.*, 16:380-388.
- Stolorow, R. D., Brandchaft, B., & Atwood, G. E. (1987). *Psychoanalytic treatment: An intersubjective approach*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Stolorow, R. D., Orange, D. M. and Atwood, G. E. (2001). World horizons: A post-Cartesian alternative to the Freudian unconscious. *Contemporary Psychoanalysis*, 37:43-61.
- Sullivan, H. S. (1953). *The interpersonal theory of psychiatry*. New York: Norton.

- Thelen, E. & Smith, L. B. (1994). *A Dynamic systems approach to the development of cognition and action*. Cambridge, MA: MIT Press.
- Tronick, E. (1989). Emotions and emotional communication in infants. *American Psychologist*, 44, 112-119.
- Van der Kolk, B., McFarlane, A. & Weisaeth, L. (1996). *Traumatic Stress: The Effects of Overwhelming Experience on Mind, Body and Society*. New York: Guilford.
- Wachtel, E. F. & Wachtel, P. L. (1986). *Family dynamics in individual psychotherapy*. New York: Guilford.
- Wachtel, P. L. (1977). *Psychoanalysis and behavior therapy*. New York: Basic Books.
- Wachtel, P. L. (1981). Transference, schema, and assimilation: The relevance of Piaget to the psychoanalytic theory of transference. *The annual of psychoanalysis*, Vol. 8 (pp. 59-76). New York: International Universities Press.
- Wachtel, P. L. (1982b). Phenomenological virtuoso: A review of David Shapiro's "Autonomy and Rigid Character." *Contemporary Psychology*, 27, 681-682.
- Wachtel, P. L. (1991). The role of accomplices in preventing and facilitating change. In R. Curtis & G. Stricker (Eds.), *How people change: Inside and outside therapy* (pp. 21-28). New York: Plenum.
- Wachtel, P. L. (1993). *Therapeutic communication*. New York: Guilford, 1993.
- Wachtel, P. L. (1997). *Psychoanalysis, behavior therapy, and the relational world*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Wachtel, P. L. (1999). *Race in the mind of America*. New York: Routledge.
- Wachtel, P. L. (2003). The surface and the depths: The metaphor of depth in psychoanalysis and the ways in which it can mislead. *Contemporary Psychoanalysis*, 39, 5-26.
- Wachtel, P. L. (2005a). Implications of the two-configurations model for the analysis of social and political phenomena. In J. Auerbach, K. Levy, & C. Schaffer (eds), *Relatedness, self-definition and mental representation: Essays in honor of Sidney J. Blatt*. (pp. 241-254). London: Brunner-Routledge.
- Wachtel, P. L. (2005b). Anxiety, consciousness, and self-acceptance: Placing the idea of making the unconscious conscious in an integrative framework. *Journal of Psychotherapy Integration*, 14, 243-253.
- Wachtel, P. L. (2008). *Relational Theory and the Practice of Psychotherapy*. New York: Guilford.
- Weiss, J. & Sampson, H. (1986). *The psychoanalytic process*. (With the Mt. Zion Psychotherapy Research Group). New York: Guilford.
- Wile, D. (1984). Kohut, Kernberg, and accusatory interpretations. *Psychotherapy: Theory, Research, and Practice*, 21, 353-364.
- Winnicott, D. W. (1951). Transitional objects and transitional phenomena. In: *Collected papers: Through paediatrics to psycho-analysis*. London: Tavistock, 1958, pp. 229-242.
- Winnicott, D. W. (1960). Ego distortion in terms of true and false self. In: *The maturational processes and the facilitating environment*. New York: International Universities Press, 1965, pp. 140-152.
- Winnicott, D. W. (1965). The Maturational Processes and the Facilitating Environment. *Int. Psycho-Anal. Lib.*, 64:1-276.
- Winnicott, D. W. (1968). Playing: Its Theoretical Status in the Clinical Situation. *Int. J. Psycho-Anal.*, 49:591-599.
- Winnicott, D. W. (1971). *Playing and Reality*. New York: Basic Books.
- Zeanah, C. H., Anders, T. F., Seifer, R. & Stern, D. N. (1989). Implications of research on infant development for psychodynamic theory and practice. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 28, 657-668.

NOTAS

¹ Este artículo es una versión revisada del capítulo 7 de mi libro, *Relational Theory and the Practice of Psychotherapy* (New York: Guilford, 2008). El material del libro se reproduce con el permiso de Guilford Press. La traducción castellana ha sido realizada por Raúl Naranjo Valentín.

^a Paul L. Wachtel es Doctor en Psicología, Profesor Distinguido en el Programa de Doctorado en Psicología Clínica en la City University of New York. Autor de numerosas obras, entre ellas: *Psicoanálisis y Terapia de Conducta* (1977); *Comunicación terapéutica* (1993); *Psicoanálisis, Terapia de Conducta y el Mundo Relacional* (1997); y *Raza en la mente de América* (1999), además del reciente: *La Teoría Relacional y la práctica de la Psicoterapia* (2008)

^b Un fenómeno similar ocurre en el ámbito de las relaciones interraciales y los malentendidos entre grupos étnicos, donde los estereotipos mutuos reciben "pseudo-confirmaciones" (Wachtel, 1999) que mantienen vivos los estereotipos para crear los mismos daños la próxima vez. La pseudo-confirmación también es un proceso central en el mantenimiento de patrones conflictivos de personalidad

^c Las cuestiones de la renuncia y la aceptación, y sus implicaciones para la práctica clínica, se consideran con más detalle en el capítulo 8 del libro: *Relational Theory and the Practice of Psychotherapy*.

^d A este respecto, las conclusiones de Bromberg son paralelas a las de Mitchell (1993), quien, también defendiendo una visión de múltiples selfs y examinando las ideas de Winnicott sobre el verdadero y falso self, señala que, "decidir qué es verdadero y qué es falso cuando se trata del self es un asunto difícil" (p.130)

^e Ver Wachtel (1993, 2008) para sucesivas aplicaciones y variaciones de este tema.

^f Un elemento crucial en la historia de Helen y una parte crucial de los antecedentes tanto para el recuerdo con respecto a su abuela como para su reacción con la tos de Davies en la sesión anterior, es que la madre de Helen murió tragicamente de cáncer cuando ella era una niña y encima la reacción del padre fue de inducirle culpa en lugar de ayudarla.

^g Ver la perspicaz discusión de Mitchell (1993) sobre las diferencias entre metáforas espaciales y temporales (pp. 99 – 102) y sus aplicaciones a Winnicott (pp. 125 – 134).

^h Me refiero a teoría psicoanalítica oficial porque ningún psicoanalista inteligente o atento podría hacer caso omiso de los eventos reales en la vida del paciente, pero hubo durante muchos años una brecha entre lo que se abordaba en los encuentros del día a día de las consultas de los analistas y lo que se destacaba en los escritos teóricos.

ⁱ Nótese que Freud (por ejemplo 1915b) también describió la represión como un proceso que es "variable", "específico" y "movil". Pero se estaba refiriendo principalmente a un desplazamiento del borde o frontera entre dos sistemas bastante diferenciados, permitiendo al material que generalmente es parte del inconsciente encontrar ocasionalmente su camino hacia la conciencia, no a una organización multifacética de múltiples procesos paralelos, interconexiones y desconexiones.

^j Yo añadiría que esta explicación sirve para el adulto tanto como para el niño.

^k Debe quedar claro que cuando me refiero a un "único proceso" no estoy negando la idea a la que hice hincapié anteriormente - la variabilidad muy considerable en el comportamiento y la experiencia de un contexto a otro. Por el contrario, al referirme a un "único proceso" estoy apuntando a la unidad – el entretelado, si se quiere - de los factores causales, la forma en que la percepción, el afecto, la motivación, las representaciones existentes, y la acción son todos parte de un continuo bucle que puede ser descrito simultáneamente como estable y predecible, así como en constante evolución.